

2. Urgente: inventar el futuro

Federico Mayor Zaragoza

“Mañana puede ser tarde”

1. La ética del tiempo ante los retos globales

Una de las facultades distintivas de la especie humana es la de poder anticiparse, de saber para prever, de prever para prevenir. La facultad prospectiva es ahora, en los albores del siglo XXI y del tercer milenio, especialmente relevante, ya que, por primera vez desde el origen de los tiempos, la humanidad debe hacer frente a desafíos globales que, si no se abordan a tiempo, pueden alcanzar puntos de no retorno. La irreversibilidad potencial forma parte, desde ahora, de la responsabilidad del conjunto de los habitantes de la Tierra, pero, de forma muy especial, de la comunidad científica, académica, artística e intelectual, en suma, que debe situarse en la vanguardia de una gran movilización popular para contrarrestar la influencia de los grandes poderes. Estos, guiados exclusivamente por intereses cortoplacistas (cuya ofuscación e ignorancia de la auténtica situación afecta a la propia habitabilidad de la Tierra), representan en la actualidad un serio riesgo, no solo por sus ambiciones hegemónicas sino también porque, con una inmensa influencia mediática, convierten en espectadores

impasibles e indiferentes a buena parte de la ciudadanía.

Es, pues, tiempo de acción. Disponemos de una gran cantidad de diagnósticos, pero ahora es indispensable actuar a tiempo. En estas circunstancias cruciales, la ética del tiempo se convierte en uno de los principales referentes del comportamiento cotidiano, a todas las escalas, para evitar lo que constituiría una auténtica irresponsabilidad intergeneracional histórica.

Es preciso estar alerta. Dejar de ser espectadores para ser actores comprometidos, que saben, como tan lúcidamente indicó el presidente Obama, que “esta es la primera generación que debe hacer frente a este reto [refiriéndose al cambio climático] y la última que puede resolverlo”. Es preciso —lo advirtió el papa Francisco en su insólita encíclica ecológica *Laudato si'*— luchar contra la “globalización de la indiferencia”, término que después ha desarrollado con gran oportunidad Monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, Canciller de la Academia Pontificia de Ciencias¹.

Conciencia de lo que ha acontecido, lecciones del pasado. Conciencia del presente y, sobre todo, memoria del futuro (Mayor, 1995), memoria para saber actuar hoy para el

¹ Véase http://www.pass.va/content/dam/scienze-sociali/pdf/vari/memoria_cumbre_jueces_2016.pdf

porvenir que está por-hacer. Esta es nuestra responsabilidad y nuestra esperanza: cada ser humano, único capaz de crear. Memoria permanente de que todos los seres humanos valen lo mismo. Memoria permanente de que no hay ciudadanos del mundo de clase preferente: ¡todos iguales en dignidad!

Memoria de las generaciones venideras. Memoria de la inmensa obra creadora de la humanidad, pero, sobre todo, memoria de cada ser humano, uno a uno, porque es el mayor e indeclinable patrimonio universal que tenemos que proteger. Memoria, cada instante del “otro”, de los “otros”, ¡de nos-otros! Memoria, sobre todo, del amor al prójimo, próximo o distante, porque es con frecuencia el supremo olvido, el supremo error. Memoria de la misión esencial de los intelectuales, científicos, docentes y artistas de liderar la movilización popular, el clamor, la voz debida, la voz de vida... a tantos que han tenido que permanecer silenciados, silenciosos, atemorizados y sumisos (Mayor, 2016a). Memoria, en suma, de la acción inaplazable. Ética del tiempo.

2. Atreverse a saber y saber atreverse

Ser educado es “ser libre y responsable”, como establece con tanta clarividencia el artículo 1.º de la Constitución de la Unesco. En el informe sobre la “educación para el siglo XXI” que encomendé en 1992 al entonces presidente de la Comunidad Económica Europea, Jacques Delors (1997) —fruto del trabajo de una gran Comisión integrada por profesores de todos los grados, pedagogos, sociólogos, filósofos, etc.—, se proponen cuatro “avenidas” prin-

cipales del proceso educativo: aprender a ser; aprender a conocer; aprender a hacer; y aprender a vivir juntos. De todas ellas debe destacarse siempre la primera.

“La educación es”, escribió hace un siglo D. Francisco Giner de los Ríos, “dirigir con sentido la propia vida”. Sí, aprender a utilizar estas facultades distintivas y desmesuradas de la especie humana: pensar, imaginar, anticiparse, ¡crear! A las “avenidas” de la Comisión de Jacques Delors añadí “aprender a emprender”, ya que —lo he comentado muchas veces— recuerdo que después de una estancia larga en el Departamento de Bioquímica de la Universidad de Oxford, en cuyo emblema del Condado figura la frase “*Sapere aude*” (atrévete a saber), pensé, cuando regresaba a España, que junto a atreverse a saber hay que saber atreverse, ya que, si el riesgo sin conocimiento es peligroso, el conocimiento sin riesgo es inútil.

Es necesario tener siempre presente la distinción entre educación y capacitación. La capacitación varía a veces de forma sustantiva, fijando el progreso en la adquisición de nuevos conocimientos. En cambio, la educación no se basa en aptitudes sino en actitudes, es decir, el seguimiento de unos principios “intransitorios” que se derivan de las facultades exclusivas de la condición humana.

3. Cambios apremiantes

Ha llegado el momento del cambio a escala pública e individual. Ha llegado el momento de la justicia. Los desafíos globales requieren soluciones globales que implican a su vez cooperación a escala mundial.

Los Acuerdos de París adoptados en la Cumbre del Clima de 2015 (COP21) deben llevarse a la práctica por todos los países del mundo porque es el destino común el que está en juego. Es necesario elegir el futuro. Como se indica en el principio de la Carta de la Tierra (2000): “Estamos en un momento crítico de la historia, en el cual la humanidad debe elegir su futuro”. Y termina: “Como nunca antes en la historia, el destino común nos insta a buscar un nuevo comienzo”.

Es imperativo que puedan cumplirse con diligencia las previsiones que se aprobaron con tantas dificultades y apremio. Para ello, es imprescindible que existan, bien entrenados ya, mecanismos supervisores y reguladores adecuados.

Y los primeros pasos consisten en regular el cambio climático y poner fin a la pobreza, garantizando que todas las personas que respiran el aire común de la Tierra puedan hacer realidad su derecho a una existencia digna.

Existe ya el conocimiento. Debemos ser capaces de aplicarlo y de hacerlo antes de que sea demasiado tarde. Es incuestionable que la gran urgencia actual consiste en hacer posible el disfrute por parte de todos de los frutos del saber.

En el Antropoceno, garantizar la habitabilidad de la Tierra y una vida digna a todos los seres humanos, constituye una responsabilidad esencial, porque el fundamento de todos los derechos humanos es la igual dignidad, sea cual sea el género, el color de piel, la creencia, la ideología, la edad... La crisis sistémica ha conducido a asimetrías sociales y a una pobreza extrema, de tal modo que la Tierra, por influencia de la actividad humana, se deteriora.

La actual crisis producida por la pandemia del coronavirus demuestra que no se trata de

accidentes fortuitos de coyuntura que transcurren en la superficie de la vida económica, sino que están inscritos en el corazón mismo del sistema. Se ha vuelto a producir una funesta contracción de la vida económica que producirá un aumento mayor del desempleo y la generalización de una desigualdad que conducirá a la quiebra del capitalismo financiero, lo que implica la definitiva incapacidad del orden económico mundial actual. Hay que transformarlo radicalmente.

En la crisis del 2008, las “leyes del mercado” condujeron a una situación caótica que requirió un “rescate” de miles de millones de dólares, de tal modo que “se privatizaron las ganancias y se socializaron las pérdidas”. Eso no puede volver a suceder. Estamos ante una ocasión histórica única para redefinir el sistema económico mundial en favor de la justicia social.

Precisamos de inversiones en energías renovables, en la producción de alimentos (agricultura, acuicultura y biotecnología), en la obtención y conducción de agua, en salud, medio ambiente y educación... para que el “nuevo orden económico” sea, por fin, democrático y beneficie a la gente. El engaño de la globalización y de la economía de mercado debe terminarse. La sociedad civil ya no será espectadora resignada y, si es preciso, pondrá de manifiesto todo el poder ciudadano que hoy, con las modernas tecnologías de la comunicación, posee.

4. Amenazas globales

Por primera vez en la historia, la humanidad debe hacer frente a procesos potencialmente irreversibles, de tal modo que, si no se adop-

tan medidas correctoras a tiempo, podrían alcanzarse puntos de no retorno.

Es inaplazable advertir a escala planetaria la irresponsabilidad inadmisible en la que incurriríamos si no reaccionamos con firmeza para reconducir las actuales tendencias.

En el mes de septiembre de 2015, en la “Declaración Conjunta: Emergencia Social y Ecológica” suscrita en primeros lugares por Mikhail Gorbachev, Mario Soares, Garry Jacobs, Colin Archer, Roberto Savio y François de Bernard, propusimos ya, con carácter de urgencia — en un contexto insolidario, progresivamente egoísta, xenófobo, racista y fanático—, la inmediata adopción de medidas relativas al medio ambiente, las desigualdades sociales y extrema pobreza, y la eliminación de las armas nucleares, al tiempo que urgíamos la refundación — inicialmente constituido en sesión permanente extraordinaria— de un sistema multilateral democrático, las Naciones Unidas, que el neoliberalismo ha marginado y sustituido por grupos plutocráticos (G6, G7, G8, G20).

Los Acuerdos de París sobre el Cambio Climático² (COP) alcanzados en la reunión de Naciones Unidas al respecto, así como la propuesta de los Objetivos de Desarrollo Sostenible³ (ODS) para el periodo 2015-2030 surgieron como pasos en la buena dirección.

La situación de emergencia social y ecológica era ya motivo de gran preocupación y se esperaba con impaciencia que se pasara de los diagnósticos al tratamiento en tiempo

oportuno, teniendo en cuenta especialmente a las generaciones futuras, deber indeclinable de las presentes.

Hasta hace poco, “Nosotros, los pueblos...” —como tan lúcidamente comienza la Carta de las Naciones Unidas— no podíamos expresarnos. Ahora, gracias a la tecnología digital, ya podemos hacerlo libremente. Y sabemos lo que acontece. Ahora sí, ya es posible alzar la voz. Si no, seríamos cómplices. Delito de silencio.

El porvenir está por hacer, todavía. Es tiempo de acción. Mañana puede ser tarde. Iniciemos, ahora que por fin es posible, la transición de una cultura de guerra a una cultura de paz, de la fuerza a la palabra.

Frente a una amenaza global, una respuesta global a quien pone en riesgo el cumplimiento de nuestro deber supremo: el cuidado a las generaciones venideras. Traicionarlas constituiría un terrible error histórico.

Si se lograran evitar estas sombrías perspectivas, entonces “Nosotros, los pueblos...” daríamos el siguiente paso: la reinstauración del multilateralismo que permitiría recorrer airesamente las primeras etapas de la nueva era.

Es preciso mantenerse alerta y vigilantes, con una actitud permanentemente proactiva, difundiendo este mensaje, proponiendo en su caso mejoras al texto y, sobre todo, reclamando adhesiones a aspectos muy concretos del mismo.

Constituye una auténtica exigencia ética que actuemos con apremio ante el reto actual del coronavirus. Es imperativo que los ciudadanos del mundo —frente a amenazas globales no caben distintivos individuales— dejen de ser espectadores abducidos y anonadados para convertirse en actores decididos; para que no se olvide, una vez más, lo que no debe

² Disponibles en: http://unfccc.int/files/meetings/paris_nov_2015/application/pdf/paris_agreement_spanish_.pdf

³ Disponibles en: <https://www.un.org/sustainable-development/es/objetivos-de-desarrollo-sostenible/>

ser olvidado: que los índices de bienestar se miden en términos de salud y participación, de calidad de vida y creatividad, y no por el PIB, que refleja exclusivamente crecimiento económico, siempre mal repartido; que es apremiante un nuevo concepto de seguridad que no solo atienda a la defensa de los territorios, sino a los seres humanos que los habitan, asegurando su alimentación, agua potable, salud, cuidado del medio ambiente, educación, etc.; la inmediata eliminación de la gobernanza por los grupos plutocráticos y el establecimiento de un eficiente multilateralismo democrático; y la puesta en práctica, resueltamente, de la Agenda 2030 (ODS) y de los Acuerdos de París sobre Cambio Climático, teniendo en cuenta, en particular, los procesos irreversibles.

En plena crisis vírica, debemos tener en cuenta —para que las lecciones sean realmente aprendidas y aplicadas en todo el mundo— la situación en países que siempre quedan fuera del punto de mira de los “grandes”, como la plaga de langostas que hoy sigue causando estragos en Kenia, Etiopía y Somalia; las víctimas del sida y del dengue; las víctimas de la creciente insolidaridad internacional con los refugiados y migrantes...

5. Responsabilidades intergeneracionales

Desde hace décadas, los científicos venimos insistiendo en la necesidad imperativa de que la economía asegure el pleno ejercicio de los derechos inherentes a todos los seres humanos sin excepción y que el consumo no tenga lugar en detrimento de la naturaleza y de la calidad de vida.

Desde mediados del siglo pasado, la Unesco creó la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, los programas internacionales geológico, hidrológico y oceanográfico y, al poco tiempo, el Programa sobre el Hombre y la Biosfera. Asimismo, ya en 1972, el Club de Roma, animado por el clarividente Aurelio Peccei, advertía sobre “los límites del crecimiento”. En la misma dirección, la Academia de Ciencias de los EE. UU. ponía de manifiesto en 1979 que no solo las emisiones de gases con “efecto invernadero” aumentaban sin cesar, sino que, todavía peor, la capacidad de recaptura de las aguas marinas disminuía por la continua lesión del fitoplancton por los vertidos y lavados de los tanques de los petroleros en altamar, que utilizaban en lugar de las instalaciones portuarias oportunas.

El “gran dominio” (militar, financiero, energético y mediático) no solo desoía los apremiantes llamamientos de instituciones especializadas en ecología, basadas en el rigor científico, sino que —auténtico delito— se crearon poderosas fundaciones para que “pseudocientíficos” a sueldo declararan lo contrario.

Y todo ello en un momento histórico en que el neoliberalismo, de la mano del presidente Reagan y de la primera ministra Thatcher, iniciaba un largo proceso de marginación del multilateralismo democrático —al cual, desde 1919, con la Liga de Naciones, el Partido Republicano de los EE. UU. ya había puesto de relieve su frontal rechazo—, desafiando los ámbitos de competencia de casi 200 países y transfiriendo las riendas de la gobernanza planetaria a un grupo oligárquico y plutocrático, el G6, que al igual que los G7, G8 y G20 en los que se transformó sucesivamente, consistía en realidad en un solo poder: el del G1 norteamericano.

Se inició de este modo la deriva a la que hoy tenemos que hacer frente a escala mundial, con el apremio adicional de tener que paliar fenómenos desbridados como el del cambio climático. Es insoslayable que, como se decidiera por la Unión Europea en Lisboa en el año 2000, las medidas correctoras de la economía y de los gravísimos desequilibrios sociales “se basen en el conocimiento”.

6. Nuevo concepto de seguridad

Los grandes poderes actuales siguen pensando que la fuerza militar es la única expresión y referencia de la “seguridad”. Grave error que se ocupa exclusivamente de los aspectos bélicos y deja totalmente desasistidos otros múltiples aspectos de la seguridad “humana”, que es, en cualquier caso, la que realmente interesa.

Observamos los arsenales colmados de cohetes, bombas, submarinos, aviones y barcos de guerra, y volvemos la vista hacia los miles de seres humanos que mueren de hambre cada día o hacia los que viven en condiciones de extrema pobreza sin acceso a los servicios de salud adecuados. Contemplamos consternados el deterioro progresivo de las condiciones de habitabilidad de la Tierra, conscientes de que debemos actuar sin dilación.

Cuando nos apercebimos de la dramática diferencia entre los medios dedicados a potenciales enfrentamientos y los disponibles para hacer frente a recurrentes catástrofes naturales (incendios, inundaciones, terremotos, tsunamis... ¡pandemias!), constatamos, con espanto, que el concepto de “seguridad” que siguen promoviendo los grandes productores de armamento es no solo anacrónico sino alta-

mente perjudicial para la humanidad (Mayor, 2016b). Se precisa, sin demora, la adopción de un nuevo concepto de seguridad, bajo la vigilancia atenta y la implicación directa de las Naciones Unidas.

7. Solución: multilateralismo democrático

Disponemos hoy de muchos diagnósticos sobre los distintos aspectos de la situación a escala mundial, pero carecemos de tratamientos a tiempo. Como científico, debo insistir en la imperiosa y apremiante necesidad de actuar antes de que se alcancen puntos de no retorno. Debemos actuar siguiendo directrices científicas antes de que la calidad de la habitabilidad de la Tierra se deteriore.

Los heraldos de la “seguridad” convencional recorren la Tierra frotándose las manos por los beneficios de los artificios bélicos que venden, incluso a los más menesterosos... porque “la seguridad es lo primero”.

Durante siglos, con un poder absoluto masculino, ha prevalecido —no me canso de repetirlo— la razón de la fuerza sobre la fuerza de la razón, escudados los líderes en el perverso adagio “Si quieres la paz, prepara la guerra”, jaleados con las más oscuras alarmas y amenazas por los productores de armamento, interesados siempre en que la paz aparezca como una pausa entre dos guerras. Las colosales inversiones diarias en seguridad territorial alcanzan 4,000 millones de dólares mientras mueren, en el mismo periodo de tiempo, miles de personas de hambre y desamparo, en su mayoría niñas y niños de 1 a 5 años de edad.

Son las mujeres y los jóvenes los que están demostrando, presencialmente y en el ciber-

espacio, que el tiempo del silencio y sumisión ha concluido. Hoy, gracias en buena medida a la tecnología digital, son muchos los seres humanos que pueden expresarse libremente, que saben lo que acontece; sobre todo las mujeres, marginadas durante siglos, se hallan en camino de desempeñar, en muy pocos años, el importante papel que, en plano de completa igualdad, les corresponde.

La maraña pluridimensional que acompaña la deriva neoliberal y la gobernanza de sus grupos plutocráticos (G7, G8 y G20) ha impedido hasta ahora que se adoptaran las medidas que en el otoño de 2015 llenaron de esperanza a los más advertidos de la gravedad de las amenazas globales de un mundo en manos de irresponsables.

Los grandes poderes actuales siguen pensando que la fuerza militar es la única expresión y referencia de “seguridad”, gravísimo error que se ocupa exclusivamente de los aspectos bélicos y deja totalmente desasistidos otros múltiples aspectos de la seguridad “humana”, que es, en cualquier caso, lo que realmente interesa.

La seguridad alimentaria, acceso a agua potable, servicios de salud, rápida, coordinada y eficaz acción frente a las situaciones de emergencia... es esta y no otra la seguridad que “Nosotros, los pueblos...” anhelamos y merecemos.

“Situaciones sin precedentes requieren soluciones sin precedentes”, feliz expresión de Amin Maalouf que no me canso de repetir. Es apremiante la refundación del sistema de Naciones Unidas, con voto ponderado, pero sin veto, en el que tengan representación no solo los Estados sino, como reza la Carta, “los pueblos”, para que, en el menor tiempo posible,

el progreso científico permita una vida digna para todos los habitantes de la Tierra, a través de una economía que atienda las prioridades, bien establecidas ya, conducentes a un desarrollo humano y ecológicamente sostenible.

Todos los seres humanos son iguales en dignidad: esta debe ser la referencia para los cambios radicales que son ahora apremiantes. Hasta hace pocas décadas, “Nosotros, los pueblos”, no podíamos expresarnos. Ahora, por primera vez en la historia, ya podemos. Ya somos mujer y hombre. Y ya somos conscientes de que “mañana puede ser tarde” y de que el deterioro de la calidad de vida no tiene marcha atrás. Ahora ya podemos sustituir la fuerza por la palabra. Y ser millones y millones los que, un día señalado, escriban en sus móviles “NO” a las políticas actuales, a los grupos oligárquicos que pretenden retener en sus manos las riendas del destino común. Y decir “SÍ” a la eliminación completa de las armas nucleares y a los comportamientos cotidianos solidarios y a un sistema de Naciones Unidas dotado de los recursos personales, financieros, técnicos y de defensa necesarios para el pleno ejercicio del multilateralismo democrático... para hacer posible un nuevo concepto de seguridad.

8. Nuevo estilo de vida

“La paz”, establece la Carta de la Tierra, “constituye un conjunto creado por las relaciones correctas con uno mismo, con otras personas, con otras culturas, con otras vidas, con la Tierra y con el conjunto más amplio del que todos somos parte”.

No se puede decir más en menos palabras. Por esta razón, es imprescindible es-

forzarse en contribuir a su amplia difusión y conocimiento en todas las escuelas, centros docentes, instancias de gobierno, medios de comunicación, etc. Es imperativo fomentar la convicción de que el legado “natural” que recibimos de nuestros antecesores debemos traspassarlo en buenas condiciones a quienes nos sucedan. En torno a este fin, es imperativo que nosotros, los pueblos de la Tierra, declaramos nuestra responsabilidad unos hacia otros, hacia la gran comunidad de la vida y hacia las generaciones futuras.

Es preciso trabajar sin desmayo, cada día, para construir un mundo viable y sostenible, donde la democracia, la equidad y la justicia social, la paz y la armonía con nuestro entorno natural sean palabras claves para la acción y para profundizar en las causas del deterioro, con el fin de acometer acciones preventivas.

Los temas que hay que resolver son de carácter social, económico, financiero, comercial y ambiental, con objetivos y compromisos concretos cuya meta final sea un desarrollo humano, sostenible y global.

Es necesaria y urgente la articulación de técnicas y mecanismos jurídicos en favor del respeto de la biodiversidad y de la lucha contra el cambio climático y el efecto invernadero, así como del uso racional de fuentes energéticas renovables y de los bienes comunes naturales tan esenciales como el agua.

La clave de todo sistema democrático es la interacción, la escucha, la participación. Educación para todos a lo largo de toda la vida para que se asegure la presencia, cada vez más numerosa, de los ciudadanos en la gobernación. Para que las instituciones —en particular las universidades— sean, por su interdisciplinariedad, asesores de las institu-

ciones democráticas (parlamentos, consejos municipales, medios de comunicación) y atalayas o torres de vigía, para favorecer la anticipación y, por tanto, la prevención.

Por fin, la mujer en el estrado. Ya no son solo hombres los que aparecen en el escenario, aunque todavía predominan, sino que el número de mujeres aumenta progresivamente y su incidencia en la toma de decisiones, a escala local y global, es absolutamente imprescindible para la gran inflexión desde una cultura de dominio, opresión y violencia a una cultura de diálogo conciliación, alianza y paz. Por fin, la ciudadanía ya puede participar y expresarse. De pronto, el clamor popular. Muy pronto, los anónimos cobrarán semblante y los imposibles de ayer podrán hacerse realidad mañana.

Debemos a los jóvenes un legado mejor del que ahora se adivina, y hemos de hacer todo lo posible por alcanzarlo. Pero son los jóvenes, los niños de hoy, los que deben prepararse para proseguir sin cesar, sin cejar, la labor de conservación, con su actitud cotidiana. La naturaleza y, sobre todo, los habitantes de la Tierra, todos iguales en dignidad, merecen este afán, este denuedo, este desvivirse que proporciona autoestima y felicidad.

Corremos el riesgo de dejarnos llevar por el inmenso vendaval de los medios de comunicación, de dejarnos ahorrar por el omnipresente poder mediático, inmersos en un formidable torbellino de acontecimientos seleccionados, magnificados unos, deslucidos otros... de tal modo, que ya no sabemos más que lo que se quiere que sepamos, con manipulaciones que llenan nuestro jardín, a veces hasta en sus más íntimos rincones, de árboles y plantas no solo ajenas sino indeseadas.

Creadores y libres, sin adherencias, con alas sin lastre para el vuelo alto, “para proporcionar fundamentos éticos a la comunidad mundial emergente”. De los cuatro principios o compromisos con los que se inicia el articulado de la Carta de la Tierra, el tercero se refiere concretamente a “construir sociedades democráticas que sean justas, participativas, sostenibles y pacíficas”. Asegurarse, dice este apartado, de que en todas las comunidades y a todos los niveles pueda garantizarse el ejercicio de los derechos humanos y libertades fundamentales, y proporcionar a cada uno oportunidades para la plena puesta en práctica de su potencial. Creo que este es un aspecto particularmente relevante: atareados unos en los apremios que les permiten, a veces a duras penas, sobrevivir; distraídos otros en entretenimientos que les impiden disponer de tiempo para pensar; ofuscados otros en temores, supersticiones e individualismos que no solo ponen de manifiesto su ignorancia, sino que conducen con frecuencia a adoptar posiciones intransigentes, extremistas, fanáticas. Son pocos los que pueden sustraerse de la rutina y de la inercia para pensar lo que dicen y decir lo que piensan.

9. Es tiempo de acción

Ha llegado el momento de replantear el sistema, no de aceptarlo o de adaptarlo. ¡Implicaos!” fue el grito-mensaje final de Stephan Hessel. “Tendréis que cambiar de rumbo y nave”, apostilló José Luis Sampedro. Pues bien, ha llegado el momento de implicarse, de cambiar de rumbo y nave, para el “nuevo comienzo” que preconiza la Carta de la Tierra, documento que deberíamos tener como refe-

rente esencial para los cambios radicales que debemos acometer.

La propia Declaración Universal de los Derechos Humanos establece claramente, en el segundo párrafo de su preámbulo, que, si no fuera posible el pleno ejercicio de los derechos humanos, estos podrían verse “compelidos a la rebelión”. Pues bien, ha llegado el momento, de manera pacífica pero firme, de la rebelión, de expresaros, de haceros oír, de inundar el ciberespacio y las calles de vuestra presencia, de vuestra voz, de vuestros puntos de vista, conscientes de que la reacción frente a los desafíos globales es inaplazable.

Disponemos de muchas hojas de ruta dejadas al lado, marginadas, menospreciadas, que hoy son más importantes que nunca en el pasado: la Declaración Universal de Derechos Humanos, la Carta de la Tierra, la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea, la Declaración de las Naciones Unidas sobre el Milenio, la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz... Todas ellas deben servirnos en estos momentos para orientar nuestro comportamiento cotidiano. También actualmente, gracias a la longevidad, disponemos de un tesoro normalmente infrautilizado: la experiencia de los que viven los últimos trechos de su recorrido humano. La experiencia es el balance de los aciertos y los errores de cada uno, acumulando un valor tan extraordinario como precariamente utilizado. Por esto animo a los jóvenes a compartir experiencias y vivencias para que les ayuden a no desfallecer, a decidir actuar con denuedo cuando todavía sus alas son fuertes para volar alto y sin decaimientos.

No toleremos ningún brote de supremacismo. Esta es la mayor fuente de enfrentamientos, la mayor responsable de víctimas

a lo largo de la historia, de una historia que no puede repetirse. Todos los seres humanos iguales en dignidad es el principio de la justicia y de la paz.

“No hay desafío que se sitúe más allá de la capacidad creadora distintiva de la especie humana”, proclamó el presidente norteamericano John F. Kennedy en 1963. Debemos inventar el futuro. Todo imposible hoy puede ser feliz realidad mañana, pero, como escribió tan sabiamente Miquel Martí i Pol, “¿Quién, si no todos?”.

10. Conocimiento para inventar el futuro

La pandemia a la que se está haciendo frente ha puesto de manifiesto muy graves deficiencias del actual modo de vivir: desigualdades intolerables; globalización de la insolidaridad; falta de coordinación en servicios básicos; brotes de supremacismo y racismo; incumplimiento de deberes humanos básicos; concentración de poder global en unos pocos consorcios mercantiles; asimetrías humanamente inadmisibles en los servicios de salud... Cada ser humano único capaz de crear, esta desmesura inverosímil, esperanza de la humanidad. Esperanza individual y colectiva.

La información se convierte en conocimiento mediante la reflexión. Es necesario conocer bien la realidad, porque solo de este modo puede, en su caso, transformarse en profundidad. De otro modo, los cambios pueden ser superficiales, epidérmicos, incluso sesgados. Por eso, es necesario que contemplemos el conjunto y no únicamente aquellos aspectos que son fugazmente ilu-

minados por los medios de comunicación. Es preciso cerrar los ojos y ver los invisibles, todo aquello que no forma parte de la noticia que, por su propia naturaleza, versa sobre lo accidental. “En la medida en que seamos capaces de ver los invisibles”, dijo el Prof. Bernard Lown en su investidura como Premio Nobel de la Paz en 1985, “seremos capaces de hacer los imposibles”. Imposibles hoy, posibles mañana, si aprendemos a conocer y, en consecuencia, a hacer, a poner en práctica el conocimiento.

El conocimiento es siempre positivo, la aplicación puede no serlo. Puede, incluso, atentar contra los principios éticos esenciales. No todo lo factible es admisible y, por tanto, es necesario que sepamos siempre distinguir entre el “aprender a conocer” y el “aprender a hacer”, ya que es, repito, en la puesta en práctica del conocimiento donde pueden cometerse grandes errores, incluso grandes horrores.

Escuchar, incorporar saberes y experiencias para actuar lúcidamente, para poder no solo aconsejar sino anticiparnos, ser vigías del mañana. El pasado debe conocerse con la mayor nitidez posible, pero ya está escrito. En cambio, el porvenir está por hacer y la mayor responsabilidad de todo ser humano es contribuir a que, utilizando la capacidad de anticipación, puedan ponerse en práctica los diseños del futuro que anhelamos.

Deber de memoria: la más relevante lección de la crisis mundial producida por el coronavirus es que el conocimiento es el pilar fundamental de la nueva era. En pocos años se han producido profundos cambios de índole muy diversa que deben permitir ahora —si seguimos asidos al recuerdo y no permitimos que, una vez más, los pocos distraigan y amilanen a los

muchos— alcanzar los siguientes grandes objetivos: la igual dignidad de todos los seres humanos, sea cual sea su género, etnia, ideología, creencia, etc.; y la participación de la ciudadanía a escala nacional (democracia real) e internacional (multilateralismo democrático), para el pleno ejercicio de una gobernanza mundial.

Saber y sabiduría para inventar un futuro distinto. Cuanto más sepamos más capaces seremos de actuar, de prever, de prevenir, de hacer frente a nuevos retos. Y poder estar serenos porque, como el ave “que canta, aunque la rama crujía”, seremos conscientes de la fuerza de nuestras alas.

11. Una nueva era

Estamos en una Nueva Era. Desde hace algunos años, sabemos que la demografía y la actividad propia de la especie humana afectan a la habitabilidad de la Tierra. También es cierto que, por primera vez en la historia, los seres humanos pueden disponer de una información global y convertirse en ciudadanos del mundo, conscientes de la naturaleza de las amenazas y de la necesidad de una respuesta adecuada y oportuna.

Estoy convencido de que, si no se rectifica rápidamente, la situación y las perspectivas sociales, laborales y medioambientales serán de tal índole y gravedad que producirán, en términos orteguianos, la “rebelión de las masas”. Una postcrisis implica, aunque algunos sigan resistiéndose a ello, una rápida evolución; alternativa nunca aconsejable es la revolución. La diferencia entre una y otra palabra es tan solo una “r”: la “r” de responsabilidad.

Es necesario y apremiante compartir adecuadamente los beneficios que se obtienen de la

explotación de los recursos naturales entre aquellos que poseen la tecnología y los habitantes de los espacios donde dichos recursos se hallan.

El profesor Hans Krebs me dijo, en 1966, en el laboratorio de bioquímica de la Universidad de Oxford, “investigar es ver lo que otros también pueden ver... y pensar lo que nadie ha pensado”. Lo he repetido después con frecuencia a los “acumuladores de datos”. Hoy, saturados de información, debemos reflexionar e inventar el mañana que permita a las generaciones que llegan a un paso de la nuestra vivir dignamente, dotadas de las referencias y asideros éticos para un nuevo comienzo esperanzado.

Bibliografía

- Delors, J., Amagi, I., Carneiro, R., Chung, F., Geremek, B., Gorham, W., et al. (1997). *La educación encierra un tesoro: informe para la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo Veintiuno*. Santillana: Ediciones Unesco. Disponible en: <http://repositorio.minedu.gob.pe/bitstream/handle/20.500.12799/1847/La%20educacion%20encierra%20un%20tesoro.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Mayor Zaragoza, F. (2015). *Memoria para saber lo que acontece. Memoria para inventar el porvenir*. Disponible en: <http://federicomayor.blogspot.com/2015/10/memoria-para-saber-lo-que-acontecio.html>
- Mayor Zaragoza, F. (2016a). *Memoria del futuro*. Disponible en: <http://federicomayor.blogspot.com.es/search/label/Memoria%20del%20futuro>
- Mayor Zaragoza, F. (2016b). *Urgente: un nuevo concepto de seguridad*. Disponible

- en: http://federicomayor.blogspot.com/2016/08/urgente-un-nuevo-concepto-de-seguridad_29.html
- VV. AA. (2000). *La Carta de la Tierra*. Disponible en: <https://cartadelatierra.org/lea-la-carta-de-la-tierra/>
- VV.AA. (2015). *Declaración Conjunta: Emergencia Social y Ecológica*. Disponible en: <http://fund-culturadepaz.org/doc/DeclaracionConjunta.pdf>